

XIII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXVIII Jornadas de Investigación. XVII Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. III Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. III Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2021.

La interpretación, alusiva: resonar y evocar.

Mazzuca, Marcelo.

Cita:

Mazzuca, Marcelo (2021). *La interpretación, alusiva: resonar y evocar. XIII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXVIII Jornadas de Investigación. XVII Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. III Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. III Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-012/522>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/even/akc>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

LA INTERPRETACIÓN, ALUSIVA: RESONAR Y EVOCAR

Mazzuca, Marcelo

Universidad de Buenos Aires. Facultad de Psicología. Buenos Aires, Argentina.

RESUMEN

El siguiente trabajo forma parte de un proyecto de investigación UBACyT dedicado a examinar las consecuencias clínicas del último período de la enseñanza de Lacan (1971-1981), en particular la modalidad que adquiere allí la interpretación. Los dos años anteriores me detuve en las nociones de “trabajo” y “discurso” (Seminario 17) y de “equivocidad” (L’*étourdit*). En esta ocasión tomaré la noción de “resonancia” (que Lacan pone en el centro de sus consideraciones en el período recordado por nuestra actual investigación), revisando lo que ya queda sugerido y planteado al respecto en el tramo inicial de su enseñanza (1953-1958).

Palabras clave

Interpretación - Alusión - Resonancia - Evocación

ABSTRACT

ALLUSIVE, THE INTERPRETATION: RESONATE AND EVOCATE

The following paper is part of an UBACyT research project dedicated to examining the clinical consequences of the last period of Lacan’s teaching (1971-1981), in particular the modality that interpretation acquires there. The previous two years I stopped at the notions of “work” and “discourse” (Seminar 17) and of “equivocation” (L’*étourdit*). On this occasion I will take the notion of “resonance” (which Lacan puts at the center of his considerations in the period cut by our current research), reviewing what is already suggested and raised in this regard in the initial times of his teaching (1953- 1958).

Keywords

Interpretation - Allusion - Resonance - Evocation

Introducción

Comencemos subrayando que la práctica de la interpretación es inherente al método psicoanalítico. La escucha del analista la implica, cualquiera sea el modo efectivo que tome (alusión, cita, silencio, enigma, pregunta, comentario, puntuación o corte). Es sabido que Freud plantea sus primeras coordenadas en el capítulo 2 de *La interpretación de los sueños*, texto que podemos considerar entonces como punto de partida de la metodología propiamente psicoanalítica. La segunda cuestión a tener en cuenta es que el método psicoanalítico surge en ruptura con las prácticas de interpretación de los sueños sostenidas hasta ese momento y que Freud sintetiza dividiéndolas en dos grandes procedimientos: el que denomina *simbólico*, donde lo que

cuenta es el sueño en su conjunto, y el denominado *analógico*, en el que se trata de una traducción parte por parte. En cuanto al método llamado *simbólico*, puede decirse que interesan sus medios, pero que lo criticable, según Freud, es que significado y sentido del sueño coinciden. Ambos surgen de la palabra del intérprete, que en ningún caso es el soñante y que además otorga un sentido al sueño en su conjunto tomado como pieza única. En el método *analógico*, en cambio, se trata de fraccionar su contenido en sus diversas partes para encontrarles un significado a cada una de ellas, y luego arribar al sentido del sueño y al mensaje que intenta transmitir. Pero aquí lo decisivo y criticable, subraya Freud, es que el significado de cada una de las partes fraccionadas del sueño se traduce según una clave previa, una analogía que se establece a partir de un código predeterminado a la manera de un diccionario.

Del estudio y revisión de estos dos procedimientos históricos utilizados para otorgarle significación a los sueños (sea esa significación de tipo premonitoria o de alguna otra índole), se desprende que lo determinante se coloca del lado de quien recibe el relato del sueño y puede tratarlo con una pretendida objetividad. Ya sea que se tome al sueño en su conjunto o que se traduzcan sus partes desde el diccionario, el hecho que llama la atención a Freud es que no se le haya dado la palabra al soñante, quien de ese modo permanece expectante y pasivo ante la interpretación que recibe de su sueño.

La función de la palabra en el campo del lenguaje

Muy por el contrario, el método freudiano privilegia la palabra del soñante en un gesto novedoso del cual surge un procedimiento totalmente distinto. Al mismo tiempo en que se introduce en la dimensión del símbolo acentuando la exploración de su estructura y sus funciones (metafóricas, indicativas, evocativas, etc), da la palabra al soñante para que sea él quien realiza el trabajo. Esto abre a una concepción original del sujeto hablante que se extenderá en la metodología freudiana del soñante hacia el analizante y del método interpretativo al método clínico. Y si bien Freud adopta la técnica del procedimiento analógico de “fragmentar” el relato del sueño en diferentes partes, no busca sus significados en ningún otro código mas que en aquel que surge paso a paso de las asociaciones de su paciente. Dar “tiempo” a ese “trabajo” de elaboración del sentido y de producción del sujeto a partir de los “detalles” de su discurso es entonces fundamental en la nueva concepción de la interpretación.

Con esta propuesta metodológica como punto de partida para abordar el sentido del sueño como realización de deseo, Freud

avanza sobre la llamada “psicopatología de la vida cotidiana” (olvidos, lapsus, acciones sintomáticas, etc.) al mismo tiempo en que retoma el examen del síntoma neurótico (particularmente del tipo histérico) sobre el cual ya había aplicado sus primeras armas interpretativas. Y este segundo y decisivo paso que ubica al síntoma en el centro de sus elaboraciones (tal como vuelve a hacer Lacan en el último período de su enseñanza), es el que lo deposita en el método psicoanalítico propiamente dicho, en la medida en que ya no se trata solo de la o las técnicas de interpretación del sueño en tanto tal sino de “el uso de la interpretación de los sueños en la terapia psicoanalítica”, texto con el que inaugura sus llamados escritos técnicos.

Es por eso que resulta esclarecedor el planteo de Lacan que distingue *el método de las técnicas*. En cuanto al *método*, se sostiene de una única y fundamental regla de juego, la llamada “asociación libre”, enunciada y sostenida por el analista y a la cual debe someterse el paciente para producirse como analizante. De ella surge y se desprende el “deber de interpretar” (como dice más adelante Lacan), así como una serie de consecuencias que permiten ubicar el equivalente o la contrapartida de la regla fundamental del lado del analista: escucha pareja y flotante bajo la guía del principio soberano de la abstinencia. Y en cuanto a las *técnicas*, se puede decir que son variadas y de distinta índole, aunque podríamos agruparlas grosso modo como técnicas de la enunciación en el primer período de la enseñanza de Lacan que hoy estamos re examinando. Freud las expone a modo de “consejos” y las despliega en una serie de escritos publicados en conjunto y que luego revisa en función de sus nuevos descubrimientos. Comienza por interrogar el “uso” que hace un analista de la interpretación de los sueños y continúa con el examen de la transferencia como aquello que aporta “dinámica” a la cura. De ahí en adelante, una serie de escritos se van desplegando hasta llegar a las “construcciones” en análisis, noción con la que intenta interrogar los límites del análisis (terminable o interminable).

Por nuestra parte, trasladamos la inquietud de Freud sobre el “uso” (handhabung) de la interpretación de los sueños a la noción de “síntoma” (la que fue objeto de nuestro proyecto de investigación UBACyT precedente), entendida con Lacan como “campo de lo analizable” o como “modo de gozar del inconsciente”. En esta ocasión para echar una vista panorámica sobre los primeros años de su enseñanza, con el fin de ubicar las coordenadas generales de la interpretación (principal herramienta con la que cuenta un analista en el tratamiento del síntoma) pero a la luz de lo planteado en los años finales. Lo haremos muy sintéticamente en dos breves pasos, intentando delimitar la dirección de la cura, interrogando la función de la palabra, en el campo del lenguaje, a instancias de la letra en el dominio del discurso.

La “ficción” de la palabra en el “canto” del lenguaje

Se trata ahora de volver al punto de partida de la enseñanza de Lacan (función y campo) desde la perspectiva del Lacan posterior (ficción y canto), y de revisar dicha operación de retorno a Freud y de crítica de aquello que los analistas (de aquel tiempo, y en parte también de ahora) planteaban en términos de técnica y de orientación general de los tratamientos. Lacan dedica los tres primeros años de su tarea de enseñanza a explorar los casos freudianos de *Dora*, el *Hombre de las ratas* y el *Hombre de los lobos*. Se trata de los seminarios previos a lo que considera como comienzo formal de su enseñanza, el que se sitúa a partir de su conferencia inaugural de la nueva sociedad psicoanalítica (“Simbólico, Imaginario, Real”), el informe de su discurso en el congreso internacional de Roma (“Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis”) y el dictado del Seminario número 1 (“Los escritos técnicos de Freud”). Esos tres pilares o puntos de partida del trabajo de retorno a Freud, le permiten re direccionar la práctica de un psicoanálisis que se había extraviado en la rigidez de una técnica que de a poco fue multiplicando y pulverizando la noción de *interpretación* hasta prácticamente inutilizarla.

Ubiquemos entonces el movimiento y la propuesta que Lacan plantea desde el inicio de su enseñanza como analista: “volver a traer la experiencia psicoanalítica a la palabra y al lenguaje como a sus fundamentos, es algo que interesa su técnica”. Una primera cita en la que se reconoce el movimiento fundacional de su enseñanza y la invitación a que los analistas abramos la pregunta por la palabra, sus funciones y la implicancia que esto tiene a la hora de pensar la interpretación. Esto parte de la base o presupone (como lo dice Lacan más adelante) que el lenguaje es “la condición del inconsciente”, y que por eso hay que estudiar y delimitar su campo de la manera más precisa posible. Aquí hay un punto muy importante sobre el que reparamos a la luz de los movimientos posteriores. Que tengamos que poner el acento en el campo del lenguaje no quiere decir que la interpretación analítica no ponga en juego al cuerpo, como a veces se oye decir de boca de los críticos de Lacan. En ese primer abordaje, la palabra no es equivalente a la estructura del lenguaje ni a su elemento diferencial, el significante. De hecho, se acerca más a la lengua (o la “*lalengua*”, como dirá más adelante Lacan con un neologismo) que al lenguaje. Hay en ese punto una distinción relevante y operativa. La palabra involucra al cuerpo vivo, se extiende más allá de él y puede alcanzar al otro social en el vínculo o lazo propio del intercambio humano. Tomemos otra cita de ese primer Lacan para apoyar y precisar este segundo aspecto considerado por Lacan y puesto en juego en la interpretación: “La palabra en efecto es un don de lenguaje, y el lenguaje no es inmaterial”, dice Lacan en su discurso de Roma. “Es cuerpo sutil (continúa diciendo) pero es cuerpo”. Se trata entonces de apreciar el hecho de que hay materialidad en la palabra (“*materialité*”, como dirá Lacan más adelante con otra expresión neológica) y que su participación en la experiencia

analítica es de suma importancia.

Creemos que este punto es decisivo y que dará lugar en Lacan a una noción que nos interesa particularmente: la noción de “letra”. Se trata del “soporte material” del significante y de lo que como psicoanalistas encontramos en el “discurso concreto” de nuestros pacientes o analizantes. Tenemos entonces la “función” de la palabra, en el “campo” del lenguaje, a “instancias” de la letra y (agreguemos para completar) en el “dominio” del discurso.

Esta reflexión sobre las condiciones y estructura del ser hablante (donde se encuentran los registros de lo simbólico, lo imaginario y lo real) es un asunto que atañe a la práctica y la clínica del psicoanálisis de manera especial, y que se irá desplegando con múltiples detalles y diversas perspectivas a lo largo de la enseñanza de Lacan a la par de su elaboración de la noción de *interpretación*. Tal es así, que en el tramo final de dicha enseñanza (y luego de profundizar en las nociones de “discurso” y de “letra”) Lacan tuerce un poco sus palabras para aclarar y profundizar el planteo de lo que está en juego en el arte de interpretar. Ya no habla de la “función” de la palabra en el “campo” del lenguaje sino de la “ficción” de la palabra en el “canto” del lenguaje. Un pequeño chiste con el que ejemplifica el equívoco del que se vale la interpretación para hacer sonar el sentido y hacer sentir el sonido (como hemos sugerido en su momento). De allí la elección del título de este apartado y la insistencia de nuestra lectura de los escritos técnicos de Freud.

Tomemos una cita más de ese primer tramo de la enseñanza de Lacan para acentuar nuestra perspectiva: “Las palabras están atrapadas en todas las imágenes corporales que cautivan al sujeto; pueden preñar a la histórica, identificarse con el objeto del *penis-neid*, representar el flujo de orina de la ambición uretral o el excremento retenido del gozo avaricioso”. Es algo que encontramos en la medida en que revisamos con Lacan la casuística freudiana, en especial la de *Dora*, *La bella carnicera*, *Hans* y *El hombre de las ratas* respectivamente. Son esos casos paradigmáticos del psicoanálisis los que permiten ubicar el modo en que la interpretación resulta ser fundante de una clínica del síntoma que incluye al sujeto y a la satisfacción que lo fija a su padecimiento.

La interpretación, en consecuencia, persigue al sujeto de esa satisfacción en la medida en que repara en la función o funciones que la palabra cumple en el campo estructurado del lenguaje y el significante. Y lo hace, hemos agregado, en el dominio del discurso concreto (efectivizado en el lazo transferencial entre analista y analizante) a instancias de la letra (su soporte material). De allí el abanico de aquello sobre lo cual recae la intervención interpretativa, que podemos situar con otra cita temprana: “Jeroglíficos de la histeria, blasones de la fobia, laberintos de la *Zwangsneurose*; encantos de la impotencia, enigmas de la inhibición, oráculos de la angustia, armas parlantes del carácter, sellos del autocastigo, disfraces de la perversión”, dice Lacan, “tales son los hermetismos que nuestra exégesis resuelve, los

equívocos que nuestra invocación disuelve, los artificios que nuestra dialéctica absuelve, en una liberación del sentido aprisionado que va desde la revelación del palimpsesto hasta la palabra dada del misterio y el perdón de la palabra”. Una extensa pero hermosa cita en la que puede apreciarse el amplio inventario de lo que está en juego en la interpretación analítica y las técnicas variadas a las que nos hemos referido de entrada. Pero al mismo tiempo, y hacia allí nos dirigimos nosotros, es posible reunir esa importante variedad clínica en un par de características en las cuales Lacan resume o sintetiza lo que está en juego en el quehacer interpretativo.

Tomemos una de esas dos características, lo que en ese tiempo llama “las resonancias de la interpretación”, a partir de una de las comparaciones o analogías que Lacan propone entre la música y el psicoanálisis: “aprendemos que el psicoanálisis consiste en pulsar sobre los múltiples pentagramas de la partitura que la palabra constituye en los registros del lenguaje: de donde proviene la sobredeterminación que no tiene sentido si no es en este orden”. Según nuestra lectura, esto quiere decir básicamente dos cosas. En primer lugar, que hay un orden u ordenamiento en el discurso inconsciente al que tenemos que acceder, pero que no se encuentra en el encadenamiento lineal del significante sino en sus cadenas superpuestas como en un pentagrama. Y en segundo lugar, que el saber inconsciente sobre el que recae la acción interpretativa involucra la instancia de la letra, aquello que está escrito y debe leerse, también como en un pentagrama musical. Hay en eso una superposición sincrónica de elementos que sobredeterminan la estructura del síntoma que debemos interpretar.

En cuanto a la segunda característica, se trata más bien de la diacronía del discurso en donde vemos constituirse, representarse y deslizarse al sujeto del deseo inconsciente. Más concretamente, de restituirle a la palabra “su pleno valor de evocación”. Es lo que de algún modo está expresado en el subtítulo del texto inaugural de Lacan: “las resonancias de la interpretación y el tiempo del sujeto en la técnica psicoanalítica”. Es la característica con la que podemos referirnos a las determinaciones históricas del deseo de cada quien que en el análisis retornan en el discurso articulado. “La experiencia psicoanalítica ha vuelto a encontrar en el hombre el imperativo del verbo como la ley que lo ha formado a su imagen”, dice Lacan de manera poética para luego precisar: “maneja la función poética del lenguaje para dar a su deseo su mediación simbólica”.

Este es el punto al que queríamos llegar y las dos características del quehacer interpretativo que hoy pretendemos subrayar con mayor énfasis al tomar en cuenta el peso que adquieren hacia el final de su enseñanza. Se trata para Lacan de distinguir de manera tajante la información (que conduce y produce el efecto engañoso y ansioso de la comprensión) del saber cifrado al que como analistas queremos acceder: “lo que es redundancia para la información, es precisamente lo que, en la palabra, hace oficio de *resonancia*”. Y esto sencillamente, agrega Lacan, porque “la

función del lenguaje no es informar, sino *evocar*". Sinteticemos entonces en estas referencias el primero de los dos pasos que queremos dar hoy: resonar y evocar. Eso ya está en la lengua, y por lo tanto el analista no hace más que hacer "uso" de ello en su quehacer interpretativo.

"Hay que seguir el deseo a la letra"

Habiendo ubicado las coordenadas iniciales de la enseñanza de Lacan y sintetizado en dos características lo que está en juego en la técnica de la interpretación, tomaremos ahora las reflexiones que hacen a la dirección de la cura en su conjunto. Como hemos dicho, se trata del "uso" que el psicoanálisis hace de la interpretación (tanto de los sueños como del resto de las formaciones del inconsciente) a los fines de la cura, para lo cual hay que empezar por tomar en cuenta la escena transferencial. La pregunta pasa a ser entonces la siguiente: ¿de qué modo se relacionan la interpretación con la transferencia? Y luego esta otra: ¿de qué diversas maneras se vinculan cada una de esas dos nociones con el acto psicoanalítico considerado en términos más profundos y más amplios? Preguntas que responderemos solo parcialmente para no alejarnos tanto del objetivo principal de nuestra investigación: la modalidad de la interpretación en el último Lacan y su puesta en práctica.

La respuesta más amplia y general ya la tenemos al alcance de la mano: cada uno de esos tres planos están determinados por la aplicación de la única regla fundamental. Ese es el punto de partida de Lacan para interrogar al analista (quien debe dirigir la cura, más no a su paciente), principal responsable del hecho de que efectivamente haya verdadera asociación libre. "¿Quién analiza hoy?" pregunta Lacan, en la medida en que revisa tanto la teoría como la técnica y la casuística propuesta por los analistas de la época. Y que el analista sea el responsable de hacer aplicar la regla analítica y de dirigir la cura quiere decir en primer término que debe pagar con sus palabras, "si la transmutación que sufren por la operación analítica las eleva a su efecto de interpretación". Este es un punto conocido, muy citado y comentado del planteo de Lacan, que culmina en la propuesta provocativa de "poner al analista en el banquillo".

Se trata entonces para nosotros de seguir diferenciando dos planos que a su vez se articulan: por una lado *las técnicas*, en plural, y por otro *el método*, en singular, donde lo que está en juego es más bien el orden ético. El analista es éticamente hablando responsable del acto de enunciar y sostener la regla fundamental y por eso además de pagar con sus palabras paga también con su persona (en la medida en que la relación transferencial la desdoble) y con su juicio íntimo, ese que lo pone en relación con su propio deseo (si es que se puede sostener esa expresión, "propio") o con el "corazón del ser", como dice Freud. Por eso el analista es libre en su acción al momento de interpretar: "Intérprete de lo que me es presentado en afirmaciones o en actos", dice Lacan en una versión ya más resumida de lo que el analista toma del discurso de su analizante, "yo

decido sobre mi oráculo y lo articulo a mi capricho".

En consecuencia, vemos que el analista se involucra en el campo de esa significación oracular que Freud descubrió a través de los sueños, y allí es en principio libre de intervenir el discurso de su analizante como mejor le parezca en cada caso: "libre siempre del momento y del número, tanto como de la elección de mis intervenciones", dice Lacan, "hasta el punto de que parece que la regla haya sido ordenada toda ella para no estorbar en nada mi quehacer de ejecutante". Esto quiere decir, entonces, que no se trata de la aplicación de una técnica de manual. Se trata más bien de *la táctica*, es decir, de la oportunidad, en donde todas *las técnicas* valen. Técnicas que a esa altura Lacan vincula no solo con la "doctrina" sino también con la "disciplina" del significante en la que el analista se deberá entrenar. Es lo que queda planteado ya en su segundo capítulo de *La dirección de la cura* en la pregunta por el "lugar" de la interpretación. Nosotros las hemos llamado "técnicas de la enunciación", haciendo uso de alguna de las referencias lingüísticas y topológicas que Lacan presenta en aquel tiempo, apoyando sus elaboraciones con la construcción y el despliegue del llamado "grafo del deseo".

En cuanto a la lingüística en general, y a la función poética en particular, ya hemos acentuado la importancia que Lacan le otorga desde el comienzo mismo de su enseñanza como psicoanalista en el año 53'. Pero lo que se suma en el año 58' es el desarrollo de la doctrina del significante y su estatuto topológico, es decir, de la lógica de los lugares y los tiempos. Y en ese sentido, creemos que es importante subrayar el hecho de que Lacan ubique la práctica de la interpretación por relación al "lugar" (así está planteado desde el título mismo de su segundo apartado, capítulo dedicado a revisar el plano de la interpretación), mientras que habla de la "situación" al referirse a los problemas ligados con el manejo de la transferencia. Completamos el cuadro subrayando que reserva el término "acto" para cuando tiene que referirse al tercer plano de la dirección de la cura: ya no el de la táctica de la interpretación (donde el analista es totalmente libre de intervenir como quiera o le salga), ni de la estrategia de la transferencia (en donde su libertad interpretativa se limita en función del pago que realiza con su persona) sino de la política del ser, es decir, del deseo, que es lo que verdaderamente debe sostener la dirección de la cura analítica. En cuanto a la noción topológica de "lugar", entonces, Lacan la hace operativa para desplegar los distintos aspectos de lo que estructuralmente hablando está en juego a la hora de interpretar. Es lo que desarrolla en el segundo capítulo (del cual nosotros solo tomaremos un par de referencias como apoyo para nuestra argumentación) para luego reencontrarlo sobre el final del texto al momento de formular Lacan su propuesta más personal. Conocemos la insistencia de Lacan en esos años por situar al analista en el lugar del Otro simbólico. Lo hace primero a partir de su *Esquema de la Comunicación Analítica*, en el que ya distingue la relación imaginaria de la relación simbólica. Pero lo que se agrega con el recurso al Grafo es aquí fundamental,

porque permite subrayar la estructura incompleta del Otro simbólico (A) que funciona como código a descifrar en el discurso inconsciente, a partir del significante que designa su falta S(A). Tomemos una de las citas del escrito de Lacan en donde se intenta ubicar la estructura subyacente a la intervención del analista: “la interpretación, para descifrar la diacronía de las repeticiones inconscientes, debe introducir en la sincronía de los significantes que allí se componen *algo* que bruscamente haga posible su traducción, precisamente lo que permite la función del Otro en la ocultación del código, ya que es a propósito de él como aparece su elemento faltante”. Es por eso que lo decisivo suele ser aquello que en la palabra o el silencio del analista permite “evocar” lo que está ausente o hacer “resonar” lo que ha quedado vacío. Es solo en ese movimiento topológico que abre el espacio del deseo en el “entre” de las dos cadenas significantes (lo que habitualmente se denomina “dos pisos del grafo”) que la interpretación resulta verdaderamente efectiva. Y es solo así que logra ponerse en juego lo que hay de cuerpo (“sutil”, según la acertada calificación de Lacan) en los significantes del discurso en los que se representa el sujeto, indicados por Lacan en su fórmula de la pulsión: relación fija del sujeto dividido (\$) con los significantes primarios de la demanda (D).

Algo que puede ilustrarse con uno de los casos freudianos paradigmáticos que Lacan vuelve a revisar en su escrito del 53 como en el del 1958, el del *Hombre de las ratas*. Por un lado, siguiendo lo que sucede dialécticamente con el significante “criminal” y con el afecto de la culpa que lo acompaña. Se trata del significante en el que se representa el sujeto del deseo, en función de un conflicto que lo liga al deseo paterno. Lacan destaca que la intervención decisiva de Freud consiste en evocar la “voluntad del padre” en la traumática propuesta de matrimonio (*heiratten*) recibida por el paciente de boca de su madre. Estrictamente hablando, la que queda evocada es la prehistoria del deseo del sujeto, es decir, las visitudes del deseo que unieron a su madre y a su padre. Es una interpretación “inexacta pero verdadera” dice Lacan, con un tono evidente de crítica hacia las posturas de los analistas de la época, particularmente las de Edward Glover. Y es un ejemplo paradigmático de lo que Lacan propone ubicar luego como estructura de la interpretación analítica.

Por otro lado, tenemos esa otra intervención que recae sobre el significante fundamental del goce de ese paciente obsesivo. Se trata del “*ratten*”, o más precisamente de la partícula “*rat*”, letra de la partitura del discurso inconsciente sobre la que la palabra del analista pulsa sin querer queriendo (como decía el Chavo del Ocho). Dicho de otra manera, es la letra que consigue ir estableciéndose en la medida en que la lectura del analista la va descifrando del discurso efectiva y materialmente sostenido por el analizante. Letra que el discurso analítico produce por decantación de lo que allí resuena (según lo hemos expuesto oportunamente), las diferentes derivaciones del fonema “*rat*”: *hofrat*, *spielratten*, *heiratten*, *erratten*, etc.

Tenemos entonces deletreadas las condiciones estructurales

de las que depende la eficacia de la interpretación analítica. Resta ubicar la secuencia lógica que se pone en juego en la dirección de la cura de los neuróticos, más allá de las diferencias singulares que luego se reconocen en cada caso. Es lo que Lacan ejemplifica en su escrito volviendo a las particularidades del caso *Dora*, para mostrar que antes del establecimiento de la transferencia que hará operativo el trabajo de la interpretación, es la propia intervención interpretativa la que pone a punto la transferencia analítica. Es lo que Lacan denomina “rectificación subjetiva”, que ubica en la primera intervención de Freud (“inversión dialéctica”, según sus primeras lecturas del historial) y que continúa explicando en los siguientes términos: “es también que esta rectificación en Freud es dialéctica, y parte de los decires del sujeto para regresar a ellos, lo cual quiere decir que una interpretación no podría ser exacta si no a condición de ser... una interpretación”. Punto sumamente importante para nosotros, porque nos permite seguir acentuando la ética en juego en el procedimiento freudiano: darle la palabra (sobre todo la última) al sujeto analizante. Esa palabra que encuentra un tope y una dificultad en el silencio afónico de *Dora* que Freud no logra terminar de hacer pesar en la escena transferencial (como hemos planteado en su momento), pero que da la clave de lo que está en juego en la “voz del sufriente” de la que parte la cura del neurótico, según la expresión posterior de Lacan.

Digamos, para finalizar, que en estas características que hemos ido circunscribiendo, y que sintetizamos en la “resonancia” y la “evocación”, se sitúa lo esencial de lo que Lacan plantea en aquella época como modelo para pensar la intervención interpretativa. Es lo que lo lleva en su quinto y último capítulo del escrito a proponer una fórmula aforística en la que se resume su versión de la dirección de la cura: “hay que seguir el deseo a la letra”. Dirección de la cura que implica a su vez una lógica para sus movimientos de apertura y de cierre.

Para el caso de los movimientos de apertura (como si se tratara de una partida de ajedrez, analogía propuesta por Freud en sus escritos sobre técnica), Lacan toma el ejemplo freudiano del “Sueño del salmón ahumado” y lo convierte en el caso de “La bella carnicera”. Se trata (como hemos dicho ya) del caso “paradigmático”, tanto de la histeria como tipo de síntoma como de la entrada en análisis y del inicio de la dirección de la cura del neurótico. Mientras que para los movimientos de cierre, Lacan apela al caso de uno de sus analizantes. Se trata de un hombre obsesivo que produce un síntoma de impotencia sexual en el momento en que su análisis está a punto de finalizar. Síntoma que trata de poner en juego la potencia (y por lo tanto también la impotencia) de la intervención de un analista que en ese momento preciso apostaba a un sostenido silencio como estrategia para desmontar el lazo transferencial. Pero lo más curioso, y al mismo tiempo lo más ilustrativo en ese caso que también se vuelve paradigmático, es que la intervención resolutoria no proviene del analista sino de la mujer del paciente. Y más importante aún es señalar que el efecto interpretativo no se produce por

lo que ella dice, sino por lo que queda evocado y resonando en el sueño (de la mujer) que relata a su marido: no se puede ser el falo, significante imposible del deseo. Dicho en otros términos, la eficacia de la interpretación no se encuentra en lo dicho sino en lo que queda “aludido” en su decir.

Es por eso que justo antes de concluir su escrito, y para rectificar el rumbo perdido después de Freud, Lacan cierra su propuesta volviendo a poner en el centro de la dirección de la cura y de los principios de su poder a la interpretación en tanto tal. Lo dice él mismo de modo alusivo planteándolo como pregunta: “¿a qué silencio debe obligarse ahora el analista para sacar por encima de ese pantano el dedo levantado del San Juan de Leonardo, para que la interpretación recobre el horizonte deshabitado del ser donde debe desplegarse su *virtud alusiva*?”.

BIBLIOGRAFÍA

- Freud, S. (1911) “*El uso de la interpretación de los sueños en la terapia psicoanalítica*”, AE, Tomo XII, Buenos Aires, 1993.
- Lacan, J. (1953) “*Función y campo de la palabra y el lenguaje en psicoanálisis*”, en *Escritos 1*, Siglo Veintiuno, Buenos Aires, 1988, p. 298.
- Lacan, J. (1953) “*La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud*” (*el sentido de la letra*), en *Escritos 1*, Siglo Veintiuno, Buenos Aires, 1988.
- Lacan, J. (1958) “*La dirección de la cura y los principios de su poder*”, en *Escritos 2*, Siglo Veintiuno, Buenos Aires, 1988, p. 621.
- Lacan, J. (1969-70) *El Seminario. Libro 17: El reverso del psicoanálisis*, Paidós, Buenos Aires, 1999, clase 2, p. 32.
- Mazzuca, M. (2015) “*Música y psicoanálisis: sentir el sonido, sonar el sentido*”, en *Música: saber hacer con la lengua*, Letra Viva, Buenos Aires, 2015.
- Mazzuca, M. (2017) “*El carnicero del deseo*”, en *El analista en el banquillo*, editorial Letra Viva, 2017.
- Mazzuca, M. (2011) “*El lugar de la palabra en la c/sesión analítica*”, en *Revista AUN*, N° 5, Buenos Aires, 2011.
- Mazzuca, M. (2012) “*La voz del sufriente*”, en *Revista AUN*, N° 6, Buenos Aires, 2012.